

I PREMIO DE POESÍA 'FERNANDO GIL TUDELA'

Quién sabe si detrás de esta luz

VICENTE MARTÍN

I

Quién sabe si detrás de esta luz acaso existan
ciudades submarinas donde el tiempo
ya no es un sucederse sino un ser
el instante incoloro, la absoluta
desnudez de la piedra,
quien sabe si detrás de este idioma no haya acaso
un silencio profundo que concilie
el antes y el después,
quién sabe si por fin a esos muchachos
que perdimos el nombre en la ruleta
de un lejano casino
algún día
nos crecerán las manos con alas celestiales.
Porque se han de acabar estos minutos
de ketchup y hamburguesas,
estos textos en sánscrito e inviernos en latín
para que todo quede en la memoria
de un ser no ser el mismo
como queda, impasible, en el recuerdo
el olor de una rosa.

Los músicos se irán, pero la música
continuará sonando.

II

No se sabe
si el azar es un dios o un holocausto,
es cuestión de esperar y en ese caso
el tiempo
es un vientre prestado y la impaciencia
deja hijos nonatos.

Nacer no es el principio de nada porque algo
que no es nuestro ya estaba en cualquier parte,
en el gesto del pelo, en las pisadas
prometidas del viento en la escalera,
casi toda tu sombra
salpicando de sangre los balcones.

A mí me pasan cosas tan raras como ésta,
por ejemplo,
no sé cuándo nací,
recuerdo vagamente que existían
los piojos y la tos, de pronto un día
se me hicieron los ojos del tamaño rural de una mirada
y era el día un océano de preguntas obscenas que extendía
su vastedad por todos los manteles.

La luz,
nívea la luz,
era un pretexto
del sexo blanquiazul de las palomas.

Ahora tengo la edad en la que un hombre
es lo que nunca fue,
la claridad que queda cuando un vaso de agua
se derrama,
al fin,
sobre la mesa.

III

De vez en cuando es bueno detenerse
debajo de una encina,
comprobar
si el aroma del aire es el aroma
que dejaron los pájaros
y ver
si aún nos queda una infancia medieval
que nos crezca en las manos.
Porque es largo el camino y nadie quiere
dormir en los maizales con los ojos abiertos
una noche de junio, nadie quiere
que el metal de la espuela centellee
mientras hace el amor.
Es bueno, sí, que al menos una vez en la vida
tengamos el valor de preguntarnos
por qué aúllan los perros,
por qué tiene sesenta minutos una hora
o por qué, cuando llueve,
va la gente de luto por las calles
sin que nadie les pare en las aceras
para darles el pésame.
No hay rutas de regreso,
ya lo sabes,
bajo una misma encina se han sentado
miles de peregrinos que no han vuelto.

IV

Quizás una mañana cualquiera te levantes
como todos los días
y al abrir la ventana te des cuenta
de que faltan las calles,
de que duermen las ramas de los árboles,
no hay ruidos de coches,
ni siquiera
el cercano semáforo
te regala el consuelo de sus lágrimas.

Y es entonces
cuando a punto de abrir el grifo de la ducha
te dices a ti mismo:
¿dónde vas,
desde cuándo los muertos tienen prisa?

V

Siempre quise saber cómo serían
las nubes extranjeras
o los días
que mueren sin abrir. Me imaginaba
las mañanas ladrando en el jardín,
los olivares
cenando en los hoteles más blancos del invierno
y a una albina mujer que recorría
las tardes bajo el agua.
Alguna vez pintaba los buzones del color de las olas
y me quedaba quieto, en los linderos del mundo,
sin que nadie en el pueblo se enterara
de que estaba tomando a cucharadas el aire
de un país tan antiguo que a las siete
nevaba del revés como muchachas
muy altas que tuvieran las nalgas transparentes
y de pronto
se acostaran de espaldas,
otros veces
me dormía contando las goteras
del cielo de diciembre hasta que un ángel
llegaba con la música danesa gobernando
sus flequillos polares:
casi siempre
terminaba abrazado a la estrella más sencilla
y regando en silencio las palmeras
de unas islas estúpidas.

Pero entonces no estaba acostumbrado
al tráfico marítimo y llevaba
margaritas eléctricas en todos los bolsillos.

VI

Mientras se hace el café
y en la ventana
lavan una tristeza los gorriones
empiezo a preguntarme cuántas cosas
me tuve que callar
y no contarte
cuando alguien se moría y ni siquiera
tú le echabas de menos.
Hay colores o músicas
que nunca han soportado a los turistas incómodos,
al intruso
que usurpa nuestro nombre y se aposenta
en hoteles furtivos,
hay detalles de ti que nunca supe
tratar como tú quieres:
si me fijo
en el gesto diario con que tomas
la forma de las nubes
al momento eres pájaro,
si escucho
el lenguaje eremita de tus párpados
cruzo bosques oscuros y se llena
de guadañas el aire.
No valía la pena proponerte
tiendecitas de viento que no venden de nada
si el paisaje crecía hacia otra parte,
de nada me servía
ponerme en otra piel para sentirte,
tocarte en otras manos
si tú estabas
siempre al fondo del mundo donde sólo
los ciegos tenían brazos.

Sin embargo,
qué bonita crecías y crecían
los membrillos aupándose a tus pechos.

VII

Cómo olvidar las ropas que traías,
apenas quince años
y un corazón de hierba,
cómo decir la música extranjera que abrigaba tu cuerpo
sin llevar en las manos un nido de torcaces
y los ojos del mundo
tendidos a la sombra de los álamos.
Ay si me hubieran dicho que hace tiempo
vendían golondrinas en los supermercados,
te prometo
que abril no se habría escrito cometiendo
faltas de ortografía
ni una flor
habría muerto de frío entre los riscos
de una sierra lejana. Pero ahora
nadie puede saber hasta qué punto
regresar a aquel cuerpo es un absurdo
o un proyecto imposible,
lo que sí
te puedo asegurar es que a esta orilla
llegaron muchas barcas con el sexo sonoro,
que encontré por las calles muchos grifos abiertos
y al sol desparramado en los jardines metálicos.
No se puede esconder la primavera
detrás de unos balcones amarillos.

Pero bueno,
¿quién niega que mañana
acaso haya crecido la hierba en las terrazas
y podamos volver a aquel lenguaje
preciso de la infancia?

VIII

Detrás de una palabra con sabor a eucalipto

siempre late

el temblor de un profeta intermitente

flotando en el océano

y un vacío infinito

algo así

como el llanto que escapa de algún niño

en busca de un lugar en que no existan

los perros adiestrados.

Y entonces el paisaje se espesa en las postales

de ciudades sin peces donde habitan

a oscuras los sueños submarinos.

Las ciudades de ahora tienen miles y miles de habitantes,

pero cada habitante construye su ciudad,

camina en su ciudad y en su ciudad

se respira a sí mismo,

las ciudades de ahora guardan miles de muertos

que se hablan en inglés,

millones de cadáveres en busca

de alguna identidad,

de algún espejo

que al mirarse les diga éste eres tú.

Nadie cruza la luz, porque la luz

es un hilo prendido de ese instante

más allá del eterno laberinto

donde empieza lo inútil,

de vez en cuando

los lagartos se vuelven muchachos clandestinos

que trafican con nieve,

muchachos que han tachado las calles y se llevan

el día a cualquier parte hasta indultarlo
como un sol medieval de medianoche.

También de vez en vez por las ventanas
abiertas veo a un niño,
veo a un niño que viene con sus andamios góticos
y el mundo de la mano.

IX

Los ángeles no pesan, pero tienen
las lágrimas de acero,
no sufren el rigor de las envidias,
pero ignoran la música que encierra el primer llanto de un niño,
los ángeles no tienen, por supuesto,
conciencia de ser ángeles, ni gozan
de angelical presencia,
no saben arrancarse las alas a mordiscos,
beber un vaso de agua hasta agotar
toda su transparencia,
mirarse en las lagunas que forman los glaciares,
cumplir dieciséis años,
morirse de mentira,
calcular los latidos por minuto
que tiene el corazón de una muñeca de trapo.
Y es que cuando pasó por la tierra el primer ángel
el mar
y las montañas
y el candor de la nieve tenían nombre.

Un ángel es la sombra de un hombre del revés,
es un viento dudoso, una celada
con la firma de un dios en blanco y negro.

X

Es fácil distinguir a una muchacha que tiene quince años
porque sueña, camina y se sube a las higueras
igual que otra muchacha que tiene quince años,
se sabe que está sola
porque pisa las sombras de la misma manera
que otra muchacha sola.

El silencio es su luz. Lleva en las manos
un verano de nieves que arranca las cosechas
antes de que maduren,
mucho antes incluso de que puedan
coger un resfriado ninguno de sus muertos.

Es decir,
ella sabe que el nombre de las cosas está lleno
de llanuras inmensas que miran a otros días
y al andar va tocando las sílabas esdrújulas
para ver dónde hieren antes de pronunciarlas.
Y a veces se pregunta por qué el aire no sueña
con manzanas azules, si es azul,
precisamente azul, el color más lejano,
el color con que escriben las palomas que quieren
volar al infinito.

Es fácil distinguir a una muchacha
si tiene quince años,
si siempre se descalza cuando cruza los puentes,
si al tocar con los dedos el quicio de una nube
la hierba
y los naranjos
y los lomos antiguos de los libros robados
se vuelven amarillos.

XI

Qué mar os contaría si tuviera
cerezas en los labios,
si escribiera
mirando fijamente al firmamento
sin soportar la angustia con que miran
los ojos alargados de los náufragos.
Desde que tuve edad para advertir
que los dioses propalan verdades tartamudas
y los libros sagrados sólo albergan
catedrales sin techo,
desde que sé que tienen anemia los metales
y es tóxico el alpiste de los pájaros
voy contando leprosos y ataúdes,
voy tapando los ojos a los ciegos
que advierten, asombrados,
que el reloj de los ángeles se ha parado a las tres.
Ya no tengo certeza de si os hablo
con mi voz o es la voz
de aquellos que han hablado mucho antes
de yo venir al mundo, y es que encuentro
tantas playas vacías como sílabas tónicas
guarda un invernadero,
tantos barcos varados y sus anclas
paralelas al viento, que no puedo saber
si estas olas que llegan desde afuera de mí
son olas concubinas que ahora llevan
pechos de porcelana o simplemente
he venido hasta aquí
y me salpica
la espuma de este mar porque ha salido

mi nombre, sin jugar, en una tómbola.

Qué mar os contaría si os dijera
de mí cuanto no sé,
si consiguiera
borrar el alcanfor a las palabras
que tuve que guardar en los armarios.

XII

Decimos, por ejemplo, que el tiempo es un espacio vacío
donde habitan, sin carne, los recuerdos.

Decimos que el silencio es un lago donde flotan
a oscuras los nenúfares,
que existen los veranos porque hay chicas de rojo
que gotean de sol en las terrazas,
decimos que un poeta es un cuerpo muy extraño,
que un clavel es un grito carmesí
y la nieve, sisonos azulados.

Cuando se abre el semáforo y nos llaman
albañiles desnudos que tiritan como pájaros locos,
cuando llega el dolor que no evaporan los bosques,
cuando un día te meten un cadáver debajo de la puerta
y es eterna la noche y ruge el mar,
entonces,
por ejemplo,
lo pensamos mejor y nos callamos.

XIII

Hoy el día no está para difuntos,
me levanté y había
restos de risotadas hablando en mil dialectos
entre el río y la alcoba.
Un sueño no es de nadie, lo he leído,
y si hay alguien que sueña, de algún modo,
su sueño es progresivo,
siempre hay
un sueño que va dentro de otro sueño cual si fueran
muñecas moscovitas.
Nunca he estado en París, pero he soñado
los andenes del Sena y los susurros
nocturnos de Pigalle,
he escuchado
al sol en la colina de Montmartre
y el latir de los pechos enormes de B.B.
Y he soñado por ti, yo te llevaba
oculto entre mis párpados lo mismo
que se esconde en las líneas de este texto
la voz con que te hablo.

Hoy el día no está para otra cosa
que no sea
seguir soñando juntos.